

III.

ORIEL (*á sus compañeros*).

Seamos libres en esta tierra de la libertad. Hemos salido del caos de Oriente donde el hombre se confunde como los demás animales con la naturaleza. Ahora estamos aquí, en la tierra prometida, donde la conciencia se abre como una flor, donde la vida madura como un fruto sazonado á los rayos de su hermosísimo sol. Somos el trabajo, sí, el trabajo que todo lo funda. ¿Sentís ese calor que derrama la sávia por las fibras de las plantas? ¿Veis esa lluvia que pudre el grano depositado en la tierra y lo eleva á la luz, al aire en tierno brote? ¿Veis esos campos renovándose perpétuamente y ofreciendo festines á las aves del cielo, alimento á los habitantes de la tierra? Pues todo eso no es tan fecundo como el sudor

que destila nuestra frente. El trabajo, el trabajo es el creador. El trabajo ha encontrado el fuego que nos alumbra, que nos calienta, que nos guía, que nos emancipa. Por el trabajo viviremos acrecentando nuestra inteligencia y nuestras fuerzas. Por el trabajo podremos convertir la tierra en la mansion de los dioses. Salud, oh Grecia, salud, tierra de la libertad.

LOS DIOSSES (*invisibles*).

¿Lo oís? Cree que podrá volver la tierra mansion de dioses. ¿Qué sería entonces de nosotros? Nos veríamos obligados á descender del Olimpo al mundo para adorar á nuestros adoradores.

UN SOFISTA (*acercándose á Oriel*).

¡Desgraciado! Porque tienes una antorcha en la mano derecha y en la izquierda un azadon, te crees ya un Dios. Y eres de estirpe de esclavos. Tierra de la libertad llamas á Grecia, cuando debieras llamarla tierra de servidumbre. Ignoras que la caza de hombres se verifica constantemen-

te por las montañas del Norte. Ignoras que los bazares llenos están de humanas mercancías. El hombre vende al hombre. Los espartanos, tan orgullosos, han servido bajo el peso de enormes cadenas á los humildes tegeatas. Las mujeres de Platea fueron todas siervas en Esparta, despues de haber visto morir ante sus ojos esposos é hijos. Los samios vencieron á los griegos por excelencia á los alemenses, y les grabaron irrisoriamente un mochuelo en las carnes. El mayor y el más virtuoso entre los sábios de estas gentes ha dicho que es injusto esclavizar á sus amigos, pero justo esclavizar á sus enemigos. Y como la vida de Grecia ha sido un combate continuo entre sus ciudades, todos los griegos en la sucesion de los tiempos han sentido la mordedura del látigo en sus espaldas. Los olintios fueron vendidos á pública subasta, y los griegos compraron y se repartieron á estos sus amigos, más que sus amigos, sus hermanos. Las más ilustres familias han llevado la marca deshonorosa, el oprobio de la servidumbre en la frente. La triste Hecuba pasó del trono á la tumba entre las tinieblas de la esclavitud. La fiel Andrómaca fué entregada á los sacrificadores de Hector. La previsora Casandra, rodeada de sus compañeras, se despedía de las riberas por donde

andaba la sombra de su esposo insepulto, que no habia tenido para dormir en paz el sueño de la muerte ni los honores de las libaciones, ni los honores de la fúnebre hoguera. Y mientras dejaba esos pedazos de su corazón esparcidos en los campos de Troya, las infelices mujeres, caídas de su grandeza, iban á encerrarse en los altos muros ciclópeos regados con las amargas lágrimas de sus hijos siervos. Así como los campos se alimentan del detrito, del estiércol, se alimentan las ciudades de la esclavitud. En cada escollo de los mares griegos hay un pirata decidido á convertir los libres en cautivos; y en cada calle un ladrón de niños, que los arranca al hogar y los conduce al mercado de los vecinos pueblos. Los déspotas del Asia reclutan aquí en esta tierra de hombres libres sus siervos. El Peloponeso dá los artesanos que sirven á los reyes, los maestros que les enseñan á tiranizar, los cómicos que los divierten. La Jonia dá los músicos, que les regalan el oído con sus canciones y sus cítaras. La Grecia toda, esas jóvenes que, vestidas de blanco, de rosas coronadas, con la cabeza hácia atrás, las negras trenzas sobre los hombros, los ojos en arrobamiento, las megillas encendidas, los labios vibrando voluptuosas canciones, danzan, ébrias de amor

y de vino, en los festines reales. Esa ciudad de Atenas vive de los tributos que impone á los mercados de esclavos. El mercader se halla protegido, como un ciudadano indispensable á la pública prosperidad, en nuestras sábias leyes.

ORIEL.

Parece imposible. Yo he visto la Acrópolis y la he creído la fortaleza de la libertad. Yo me he sentado á la sombra del Parthenon y me ha parecido que sólo podía abrigar en su hermosura seres que á sí mismos se pertenecieran. Cuando vuestras multiformes montañas entonadas por los giros del aire y los arreboles de la luz esplendente; cuando vuestros mares que penetran con variedad tan rica en los senos de las marmóreas costas bruñidas por el sol; cuando vuestros valles sembrados de mirtos y cipreses, regados por los torrentes que corren bajo el follaje de adelfas rematadas por rojas flores; cuando toda vuestra tierra, en fin, se ha aparecido á mis ojos, yo la he saludado como el santuario de la libertad. Yo he visto á sus pequeñuelos ir desnudos á la escuela en el rigor del invierno, como hijos predilectos de la naturaleza. Yo he oído en los juegos phiti-

cos el canto á las Termópilas, á Platea, á Salamina, á los campos de batalla donde ha triunfado la libertad. Por eso esta es la tierra de la quietud y del reposo. La vida es aquí continua melodía; la inspiracion sonrisa; el amor goce; el pensamiento luz; el trabajo actividad natural; la familia un coro; la plaza pública una escuela; el arte una armonía; la guerra un juego; la muerte un tranquilo y benéfico sueño. Vosotros sois la raza de los oradores, el pueblo de las asambleas. Vuestros artistas han levantado el mundo de las bellas formas sobre la tosca naturaleza, porque vuestros artistas son libres. La ciencia ha descendido á iluminar vuestra frente, porque es libre entre vosotros la ciencia. En pueblo de tantos oradores, de tantos filósofos, ¿habrá tambien esclavos?

EL SOFISTA.

¿Has nombrado á los filósofos?

ORIEL.

Si, á los filósofos.

EL SOFISTA.

¿Y crees que ellos no han alabado la esclavitud?

ORIEL.

¿Ellos, los filósofos?

EL SOFISTA.

Ellos mismos.

ORIEL.

¡Y yo les he creido los mejores entre los hombres!

EL SOFISTA.

Platon, el mayor entre nuestros filósofos, ha dicho que naturaleza pone oro en el alma del sábio, plata en el alma del guerrero, hierro en el alma del trabajador.

ORIEL.

Y yo siento un alma en mí igual á la vuestra.

EL SOFISTA.

Aristóteles ha creido la esclavitud indispensable á la familia.

ORIEL.

Y yo creo que la esclavitud corrompe la familia.

EL SOFISTA.

Te has llamado, sin embargo, trabajador.

ORIEL.

Ciertamente.

EL SOFISTA.

Pues al llamarte trabajador, tambien te has llamado esclavo.

ORIEL.

Pero el trabajador, que con la luz de su inteligencia ilumina, que con el calor de su sentimiento vivifica la naturaleza, ¿no tiene por ventura alma?

EL SOFISTA.

No. Si atiendes á nuestro lenguaje, aquí le llama-

mamos soma, es decir, aquí le llamamos cuerpo.

ORIEL.

Y cuando vosotros mismos, reyes de la tierra, habeis caido en la esclavitud, ¿por ventura os habeis despojado del alma? ¿No sentireis nada, nada, bajo la abrumadora pesadumbre de vuestras cadenas?

EL SOFISTA.

Aristóteles ha salvado admirablemente esta dificultad.

ORIEL.

¿Cómo?

EL SOFISTA.

Ha dicho que hay almas nacidas á mandar y almas á obedecer nacidas.

ORIEL.

Yo no quiero mandar sobre nadie; yo quiero mandar sobre mí mismo.

EL SOFISTA.

Léelo. Él te dirá que el esclavo ha nacido para el trabajo material, y que el trabajo material exige el eclipse ó la muerte del alma.

ORIEL.

Pero todo trabajo material es moral; todo trabajo moral es material.

EL SOFISTA.

Razonas bien, extranjero.

ORIEL.

Nada más moral que esculpir uno de esos dioses, en cuya presencia te postras.

EL SOFISTA.

Yo no. Se postran nuestras mujeres y nuestros niños.

ORIEL.

Pues han menester el golpe del cincel que tra-

za un cuerpo, que dibuja unos ojos, que abre unos labios, que extiende una frente, que crea un dios, á cuyos piés las almas de hinojos se rinden.

EL SOFISTA.

No trates de convencerme. Yo he llegado á la creencia de que el error y la verdad son la misma cosa.

ORIEL.

¿Qué me dices? ¿Y os llamais el pueblo más sábio de la tierra?

EL SOFISTA.

Yo he llegado á esta desoladora creencia. Pero no hablo por mí, hablo por Aristóteles. Él ha dicho: el esclavo es como esas vírgenes de oro y plata que le sirven á Vulcano de muletas. Él ha dicho: así como hay superioridad del hombre sobre la mujer, superioridad de la mujer sobre los animales, hay superioridad natural de los amos sobre los esclavos.

ORIEL.

Yo te pregunto, y contéstame: ¿cuando Platon era esclavo en Siracusa, Platon era inferior á su dueño?

EL SOFISTA.

Yo no te respondo. Yo creo todas las ideas ilusiones. Yo creo el Universo mismo una sombra de sombras. Yo te hablo por los demás. Aristóteles cree que así como hija implica autoridad natural del padre, y mujer autoridad natural del esposo, esclavo implica autoridad natural del amo.

ORIEL.

Pues yo en mi larga peregrinacion por la tierra, no he visto nunca, nunca, morir aquí en mi cerebro mi conciencia. Yo la he sentido arder cuando me condenaban ó condenaban á mis hijos á ser sacrificados ante las aras de los dioses. Yo la he sentido arder, cuando me llevaban maniatado á la guerra, y sólo me soltaban para que cayera como un tigre sobre los enemigos de mis enemigos. Yo la he sentido arder en el trabajo

forzoso, ora cociese los ladrillos para los Faraones de Egipto, ora sirviese á los sacerdotes hebreos. Yo nunca he podido, nunca, domar mi voluntad, que bajo el peso de tantas cadenas se ha creido dueña de sí misma. Sin embargo, unos sois libres y otros no lo somos. Pues qué, ¿por ventura tenemos unos sólo cuerpo, y os habeis vosotros tambien con las almas, que á todos nos pertenecen?

EL SOFISTA.

No me arguyas. Veo el pró y el contra de todas las ideas. Por eso no me decido por ninguna. La naturaleza es un poema. La vida de cada individuo un verso. El ritmo de ese verso la eterna contradiccion. Yo, de todo, no creo en nada; de todos, en nadie.

ORIEL.

¡Oh desesperacion!

EL SOFISTA.

Así no creas que dejo de tener sentencias para tu consuelo.

ORIEL.

Sí, sí. Dímelas.

EL SOFISTA.

Oye.

ORIEL.

Bien há menester consuelos mi alma destrozada.

EL SOFISTA.

Ese mismo Platon que ha clasificado en gerarquías las almas, no se ha atrevido á declarar de derecho natural la esclavitud.

ORIEL.

¿Y Aristóteles nada ha dicho para dulcificar sus errores?

EL SOFISTA.

Ha dicho tambien que la naturaleza quiere qui-

tar la voluntad á los esclavos. Pero que muchas veces no puede.

ORIEL.

No puede nunca.

EL SOFISTA.

Y Sófocles dijo: Si el cuerpo es siervo, es libre el alma.

ORIEL.

Justo, justo.

EL SOFISTA.

Y Eurípides dijo: Muchos esclavos llevan deshonroso nombre; pero su alma es más libre que el alma de los hombres libres.

ORIEL.

Benditos seais, poetas; benditos por todas las generaciones.

EL SOFISTA.

La verdad es que el pró y el contra aparecen aquí tan claramente como en todas las cosas. No se puede mantener la esclavitud sin destruir la naturaleza, que á todos nos ha dado alma y voluntad. No se puede rechazar la esclavitud sin destruir la sociedad, que es tan necesaria como la misma naturaleza. ¿Condenais la esclavitud? Tenéis que condenar el derecho de la guerra. ¿Condenais el derecho de guerra? Ninguna sociedad tiene ya título legítimo. Todas han nacido de la guerra. Así no busques en nuestra Grecia ningún sábio que te combata la esclavitud. Epicuro quiere que los esclavos existan para que nos ayuden á buscar el placer despues del reposo y el reposo despues del placer. Zenon consuela al esclavo diciéndole que puede crearse una libertad entera y eterna allá en el fondo de su alma. Ser feliz es vivir conforme á la naturaleza. Y ha traído la esclavitud naturaleza. Posidomo dice que habrá siempre almas débiles, y que las almas débiles serán siempre almas esclavas. Así Jenofonte pide al arte de dirigir los animales consejos para dirigir á los esclavos.

ORIEL.

¡Abominable desprecio! Aún podemos ser como Hércules, que consagrado, cuando esclavo, por su amor, á la guarda de los ganados, los ofrecia todos en sacrificio á Júpiter, y levantando su clara armadura convidaba imperiosamente á los señores al festin de los dioses de su sierva. Aún podemos imitar, á aquel jóven espartano, que en la servidumbre, ejercia con orgullo todas las facultades de los libres; y el dia en que le exigieron servicios de esclavos, por no ejecutarlos, se dió virilmente la muerte. Ese, ese es aún el refugio del esclavo. Que vayan á buscar la marca de la esclavitud en los huesos arrojados sobre la tierra. Que vayan á ver las señales de las gerarquías en los cadáveres. Que me digan si los gusanos perdonan las carnes de los señores. Que me cuenten si la naturaleza devora con menor hambre nuestros cuerpos que vuestros cuerpos. ¿No creereis tampoco en la igualdad de la muerte?

EL SOFISTA.

Te diré. Aristóphanes cuenta con mucha for-

malidad, que el barquero Caron se niega á pasar las almas de los esclavos al reino frio de las sombras eternas.

ORIEL.

Yo hubiera mil veces apelado á la muerte....

EL SOFISTA.

Extraño recurso.

ORIEL.

Si, hubiera apelado á no creer que cada hombre es inmortal en la especie; y que no podria dormir en paz el sueño de la muerte mientras hubiera esclavos en mi especie.

EL SOFISTA.

¿Pero crees que llegarán á emanciparse?

ORIEL.

Lo creo.

EL SOFISTA.

Desconoces la naturaleza del trabajo.

ORIEL.

¿Por qué?

EL SOFISTA.

¿No adivinas la razon? ¿no la adivinas?

ORIEL.

Digote que no.

EL SOFISTA.

¿Tú crees que existirá el trabajo cuando deje de ser forzoso?

ORIEL.

¡Pues no lo he de creer!

EL SOFISTA.

En eso estoy con Crates.

ORIEL.

¿Qué dice Crates?

EL SOFISTA.

Algo muy ingenioso.

ORIEL.

Repítelo, ya que referes cuanto dicen los griegos sobre los esclavos.

EL SOFISTA.

Dice Crates, suponiendo una constitucion social sin esclavos, que los viejos se servirán así mismos; que los navíos vendrán sin que los llamemos; que las mesas de comer se aderezarán por su propio esfuerzo y su propia virtud; que bajarán tal vez con alas á las mesas los platos; que el vino aparecerá milagrosamente en las copas; que las marmitas parirán con la espontaneidad de la naturaleza sus viandas cocidas, y los peces saldrán del mar para venirse á la cocina, y cuando ya estén de un lado asados volveránse á

ser asados por el otro. Y todo será bienandanza.

ORIEL.

Pero, ¿crees que siempre sucederá lo mismo?

EL SOFISTA.

Siempre.

ORIEL.

¿Crees que no cambiarán las condiciones de nuestro ser?

EL SOFISTA.

Las esenciales jamás.

ORIEL.

¿Y es esencial á la naturaleza la desigualdad?

EL SOFISTA.

Esencial, esencialísima.

ORIEL.

¿De suerte que tú crees la esclavitud eterna?

EL SOFISTA.

La creo eterna.

ORIEL.

¿Pues no me has dicho antes que no creías en nada?

EL SOFISTA.

Creo en el mal, creo en el error.

ORIEL.

Y por consiguiente crees en la eternidad del mal, en la eternidad del error.

EL SOFISTA.

Sí, sí.

ORIEL.

Pues yo reniego de tu creencia.

EL SOFISTA.

Y yo tambien, yo tambien.

ORIEL.

¡Eterno el mal! ¿Por qué?

EL SOFISTA.

¿Y por qué cuando la hiel es el agua y la ceniza es la harina de tu pan, has de creer en el bien?

ORIEL.

Porque yo mismo he recorrido la tierra y he gustado algunas gotas del dulce almibar, que el tiempo ha ido poniendo en nuestra hiel.

EL SOFISTA.

¿Y qué bien has encontrado para adormecer tus penas?

ORIEL.

He encontrado en el espíritu de un pueblo te-naz, bálsamo á mis heridas.

EL SOFISTA.

¿Qué bálsamo?

ORIEL.

La esperanza.

EL SOFISTA.

¿No tienes otro más eficaz?

ORIEL.

No.

EL SOFISTA.

¿La esperanza?

ORIEL.

Sí, sí, lo repetiré mil veces, la esperanza.

EL SOFISTA.

No es mala ilusión.

ORIEL.

¡Ilusion!

EL SOFISTA.

No es mal engaño de tu mente alucinada.

ORIEL.

Infeliz eres cuando tomas por alucinación la esperanza.

EL SOFISTA.
Si, la tomo por el falso celaje que se extiende en el seno de nuestras lágrimas.

ORIEL.
Pues yo la he visto bajar y poner arreboles sobre la boca de las heridas del alma.

EL SOFISTA.
Tú, Tú!...

ORIEL.

Yo mismo, yo mismo.

EL SOFISTA.

Tú en la abyeccion, tú en la miseria, tú en el fondo de los abismos.

ORIEL.

¿Qué le ha sido negado al trabajo? El trabajo puede ablandar el hierro, puede descubrir el oro, puede llevar la luz á los abismos lóbregos, puede elevar las almas á los cielos infinitos, puede hacer de esta tierra una nueva tierra, de estos hombres nuevos hombres, de los astros innumerables nuestras antorchas, del espacio nuestro templo, del torrente de la vida universal nuestro alimento. El trabajo ha domeñado las olas con una frágil tabla y una vela de blanco lino. El trabajo ha traído á nuestras débiles manos el fuego creador. Merced á su inspiracion de cuerdas tirantes, de cañas pegadas con cera, han brotado melodías que endulzan nuestros dolores. Merced á sus esfuerzos, la piedra dura encerra-

da en las montañas se ha convertido, bajo el cincel, en poderoso Dios, en hermosísima diosa, cuyos ojos han iluminado muchas generaciones, cuya sonrisa ha desvanecido muchos males. El trabajo domina los cielos y la tierra.